

ras después, quedando en el suelo docena y media de combatientes, entre borrachos y contundidos... y también se acabó aquella noche el ya bien cercenado prestigio de los hombres que habían arrastrado al pueblo á tales desvaríos.



## XXVI

## LA FUERZA DE LA RAZÓN

**E**L día siguiente, por la tarde, volvió Patricio de la ciudad con sus *guerreros*. Formados en ala, fieros los continentes y resuelto el paso, como si acabaran de ganar una gran batalla, entraron en el pueblo. Pero á la poca gente que los vió llegar, debió importarle una higa tanta fanfarría, porque no se detuvo nadie á contemplarlos, y hasta se les miró con cierto gestecillo de burla.

Por la noche fué Gorió á casa de Carpio.

—Vengo—le dijo,—al auto de que me cuentas lo que á bien tengas, respetive al viaje, antes que te vayas al clus.

—No he pensao en ello, Gorio; que el cuerpo más me pide cama que palabrería de chanfaina.

—Bien estipulao está así, Carpio, y también hablaremos al auto cosas que te pasmarán.

—Curao estoy, Gorio, de sustos, con lo que viendo vamos; á más de que, respetive á lo de anoche, algo me ha dicho persona que por lenguas lo sabe.

—Con estos ojos lo ví, Carpio; y á la presente juraría que me engañaron. ¡Tan gordo fué aquello! Conque, si á mano viene, cuenta del viaje, que de lo de acá te pondré en seguida al tanto.

—Pus diréte á eso, amigo de Dios, que de aquí salimos... yo no sé por ónde, que, á la verdá, me daba en cara lo que se hacía con esa persona, y á cien leguas de ella hubiera quería verme... ú que la tierra me tragara allí mesmo de repente... porque, Gorio, hablando en josticia de razón, la cosa no era para tales estrépitos.

—Ese fué aquí el pensar de las gentes, Carpio.

—Así es, Gorio, que no sé por ónde caminemos en la primera hora. Alvertí, sí, que Patricio iba muy fachendoso coleando la levita y entornando la cachucha, y que Barriluco y Facio se daban también mucho lustre cuando topábamos con gente. Á todo esto, el hombre caminando como unas perlas, sin decir «esta boca es mía...» aunque yo jurara que por aentro le andaba la portisión, por los sospiros que se tragaba, y otros que en color le salían al

semblante de la cara angunas veces. Y el caso es, Gorio, que siendo él el preso, paecía que lo éramos nusótro, según el miedo con que le mirábamos y el respeto que le teníamos... ¡Qué quieres, hombre! respetive á mí, se me venía á la memoria á cada paso el pan que le comí y los favores que me hizo...

—Anda pa lante, Carpio, con el relate.

—¿Duélete quizaes á tí también por esa banda, Gorio?

—Anda, te digo, si á bien lo tienes, y cuenta del viaje, Carpio.

—Voy á servirte, Gorio; y dígotte que ni gota de agua ni punto de sosiego quiso tomar el hombre en tóo el camino. Cuanto más andaba, más fresco se ponía; y el que más y el que menos de nusótro, no podía con el arma al llegar á la estación del tren. Allí quiso Patricio meter mucha bulla pa que la gente le viera... ¡y también allí (te lo juro, Gorio, por éstas que son cruces) tentao estuve yo de envasarle la bayoneta en el arca! porque has de saber, pa que lo sepas, que al verse injuriao así el señor don Román, soliviantóse de vergüenza, y glárimas le saltaron á los mesmos ojos de la cara.

—Mala estuvo esa partía, Carpio; te lo confieso.

—Te digo, Gorio, que si te tengo á la vera

entonces... hacemos una gordá entre los dos.

—Anda pa lante, Carpio...

—Voy allá, Gorio. Pus llegó en esto runflando el tren... como tú sabes que runfla...

—Sí: runfla una barbaridá. Dos veces le he visto.

—Y llegando el tren, en él nos metimos. Sentóse el hombre, sentémonos los demás también; y sin hablar unos ni otros una palabra, como alma que lleva el diablo lleguemos á la ciudad al cerrar la noche. Saquemos al preso del tren, llevémosle á un palación muy grande y muy negro, con un portalazo lleno de faroles y de soldaos de veras; dejáronnos con ellos, y subió Patricio con el preso por una escalerona que había á la mano derecha. Allí se nos comió á preguntas sobre el caso; dijimos que éramos inorantes del motivo; y en éstas y en otras, pasó media hora y dieron en entrar y salir señores; y pasó otro tanto de tiempo, y cádate, Gorio, que se para delante de la puerta un caballo medio reventao, y tan cubierto de basura, que más que caballo paecía pila de mortero acabao de batir; y cádate, por último, que al pararse el caballo, tírase de él abajo, hecho una pura lástima de barro, la mesma estampa de don Lope el de la Casona. Quedéme, Gorio, patifuso.—«¿Ónde habéis puesto al señor don Román?»—me preguntó en cuanto me echó la

vista encima.—«Por esa escalerona arriba subió con Patricio,»—díjele yo.—«Cuida de este animal hasta que yo baje,»—tornó á decirme. Y con esto, púsome en la mano los ramales del freno, y espenzó á subir los escalerones, como si fueran los de su mesma casa. Como media hora después, bajó Patricio hecho vinagre; mandóme dejar el caballo en manos del primer soldao que por caridá quiso cogerle, y fuémos toos el piquete á una posá, muy allá, muy allá, aonde se entraba por una corte llena de machos, con perdón de lo presente.

—¿Y qué vos contó Patricio de lo que pasó arriba con el preso?

—Ni palabra, Gorio, pudimos sacarle del cuerpo, respetive al caso; aunque, por dichos escapaos, advertí que el viaje de don Lope debió quitarle dá que cruz que ya tenía entre os dientes, por esa y otras valentías, y desconcertar las miras de estas gentes. Ello dirá, Gorio.

—No me pesará, Carpio, si he de hablar en verdá... y dí lo que te falta del relate,

—Poco es ello, Gorio, y voy á servirte. Esta mañana madruguemos con el aquel de ver la ciudad hasta que saliera el tren; paecióme que la gente se reía del personal de Patricio con su sable, su levita y su cachucha... La verdá es que, después de ver aquellos oficiales tan majos y bien puestos, que andaban por allí, el

nuestro capitán paecía la mesma estampa de la tarasca del Corpus. Pus golviendo al caso, anduvimos horror de calles, y nos devertimos en grande liendo en las esquinas muchos papelones amejaos, por su decir, á los que pega Lucas á la puerta del Ayuntamiento; sólo que aquéllos estaban en letra de molde. Y en éstas y en otras, llegó la hora, volvimos á la posá, y salimos de ella con nuestras armas al hombro.

—¡Camparíais mucho, Carpio!

—Pus créete que nos rechiflaron los muchachos, Gorio.

—¿Qué me cuentas!

—La verdá pura, hijo... como que pensé que Patricio se nos desmayaba de congoja... Así caminábamos hacia el tren, cuando ví pasar, como si fuera al palación de que te hablé, ¿á quién crearás?

—Si tú no me lo dices...

—Al mesmo don Álvaro que se pregonó ayer con la Organista.

—Le avisarían el caso...

—Era natural. Y debió de llegar á uña de caballo, porque tamién iba escripío de barro. ¡Guallo, porque tamién iba escripío de barro. ¡Guallo mozo es, de veras! Pus á lo que te iba: metímonos en el tren; lleguemos á la estación de la villa sobre las once; echemos pie á tierra, y uno tras de otro, matando la sed muy á menu-do, entremos en Coteruco; y aquí me tienes,

Gorio, sin saber á la hora presente lo que pasa al auto de don Román.

—Bien está el relate, Carpio; y ¡harto será que á alguno no le quede memoria de la fechoría de ayer!

—No te diré que no, Gorio, porque en el mundo tan aína bajan las cosas como suben; y por la presente, no estaría de más un escarmiento... aunque algo de él me alcanzara; que por bestia y poco alvertío, mucho merezco... como á tí te pasa, Gorio, y al que más y al que menos de este pueblo.

—Bien podrá ser, Carpio; y á estipularte voy lo que acontició anoche en el clus, si oirlo quieres.

—Cuenta, Gorio, que en ello seré muy servido.

Gorio narró entonces, punto por punto, cuanto el lector sabe del suceso.

—Conque «vete jilando,» Carpio,—dijo Gorio á su convecino en cuanto acabó su relación.

—¿Por qué me lo dices, Gorio?

—Porque los días pasan y no se amejan, y el hombre alcuenta escarmientos cuando busca panes llovíos de arriba, Carpio.

—No te entiendo, Gorio.

—Ayer fué, como quien dice, cuando nos pintaban estos hombres las maldaes de don Román.

—Verdá es...

—Y yo cavilaba en ellas; y viniéndoseme al magín otras iguales, pintábatelas á tí, y tú me decías: «vete jilando, Gorio,» como el que dice: «ese hombre no es cosa buena.»

—Alcuérdate de lo que se nos ofrecía...

—No te culpo, Carpio; pero la verdá hay que decirla siempre: perdimos aquello y no ganemos cosa alguna en otra parte... ná se nos dió de lo ofreció.

—¡Darnos, Gorio!... ¡Lo que nos han quitao quisiera yo para salir de apuros!

—Muchos me ahogan cada día, Carpio.

—Sin una mala res me alcuentro, y tengo la cojecha empeñá.

—La casa hipotequé á Patricio por veinte duros que me reclamaba el tabernero; la mujer tengo desnuda, y de rotos se me caen solos los calzones.

—Una onza me prestó el alcalde la otra semana, y tuve que firmarle un recibo por quinientos reales á pagar en agosto.

—¡Buen réito te cobra el hijo de Bragas!

—Si no lo hubiéramos ensalzao tanto, otra cosa fuera, Gorio.

—El mal estuvo en caer, Carpio; que una vez caídos, nunca faltaría sanijuela que nos chumpara la sangre.

—Bien dices, Gorio; y, á la verdá, que en

el pueblo los hay más agobiaos que nusotros.

—Los hay, Carpio, sin un carro de tierra en la mies, ni un grano en el desván, ni una res en la corte, cuando antes fueron opíparos de labranzas y cojechas... Dígalo Toñazos.

—¡Y tantos como él, Gorio! Pero ¿cómo se han deshecho tan aína esos bienestares?

—Como los tuyos y los míos, Carpio: onde no se trabaja y se bebe mucho y se anda á deshoras, y se juegan pollos y carneros á cada instante, bien claro está lo que ha de suceder...

—Es de razón; y si, además, motivao á que no siempre se halla el hombre en sus cabaes cuando hace el gasto, le cobran ochenta por ocho, y por los ochenta que le prestan pa salir del ahogo, le hacen pagar ochocientos en su día... saca la cuenta, Gorio.

—Y vete jilando, Carpio, que *ellos* son los que se van alzando con el pueblo.

—¡Y si fuera eso no más, Gorio! Pero el aquel que al hombre le queda en el cuerpo cuando se ve sin posibles por sus mismos vicios... el clamar de la mujer, el soliviantarse del hijo...

—Andando, Carpio; y sin que el hombre tenga el derecho de decir «ca uno á su puesto,» porque él fué el causante del daño y el que se comió malamente el pan y el sosiego de su familia...

—Pues ¿y qué me dices, Gorio, cuando el hombre, en tales congojas, se acuerda del bien que tenía y se le fué de entre las manos por culpas de malos consejeros?...

—No me hables de eso, Carpio, porque es el ujano que me barrena la entraña día y noche.

—No hay que darle vueltas, Gorio: en cuanto el hombre se aparta de Dios, no puede esperar cosa buena; y á tí y á mí, y al que más y al que menos, se nos tiene muy lejanos en ese particular.

—Habla de otra cosa, Carpio; que cuando en tales puntos cavilo, me pasmo de que no llueva rescoldo en este pueblo.

—Pues, Gorio, aquí ha de verse pronto alguna que suene mucho, porque la maldá se paga, más tarde ó más temprano.

—Dicen, Carpio, que ahora va á venir eso del voto.

—Esos torrendos nos darán á tí y á mí pa matar el hambre.

—Y ello ¿valdrá algo pa salir de un apuro?

—Lo que te han valió el fusíl, y el clus, y los pedriques de Lucas, y el tricospio del alcalde... ¡pura jumeral!

—Como dicen que igual podré yo votar que el más poderoso...

—Y es la pura verdá; sólo que tú y yo tendre-

mos que ir por onde nos manden los que pueden dejarnos á puertas si no vamos detrás de ellos; ¡y gracias que no diga el uno *arve* y otro *ticha*!

—¿Quiere decirse, Carpio, que ese voto es otro compromiso para el probe?

—Como too lo que se nos da, Gorio... que más viejo que esta sofamería es el refrán que sabemos: «¿aónde irá el güey que no are?»

—Esa es la fija, Carpio... y voy á decirte un sentir.

—Dile, Gorio, á tu satisfacción.

—Pues digo que, á lo que se va viendo, don Román hablaba como un libro y sabía mirar por uno. ¡Si el hombre naciera dos veces, Carpio!

—Calla, Gorio, al auto de eso; que por gol-ver yo á lo que fuí, diera una pata... Y ahora, dime qué tábano picó al Hidalgo, que le hizo tomar cartas en el juego de ayer; que lo he visto, y cuento me paece.

—Inorante soy de ello, Carpio; pero córrese que golpeó al sobrino y estuvo á pique de echar por el balcón al alcalde.

—¡Siempre lo bueno, Gorio, se queda á medio hacer!

—Verdá es, Carpio; pero algo es algo, y por poco se empieza... Conque si no mandas otra cosa...

—¿Váste al clus, Gorio?

—No me lo mientes, Carpio, que aborreció de él estaba, y, de anoche acá, me da calambríos el alcuerto. Á casa voy, yo no sé á qué... y esto te digo porque sé que han de pedirme pa comer mañana, y yo no tengo que dar, si no son pesaumbres.

—Güelvé tamién esa hoja, Gorio, que ya siento á la mujer que por el estragal anda, y en verdá te digo que tampoco esa viene á dar.

—Entonces, ya que ná me mandas...

—Por la presente no, Gorio: cansancio tengo, y á la cama me voy.

—Á más ver, Carpio.

—Que haiga salú, Gorio.



## XXVII

## LA LUZ DE UNA CONCIENCIA

**E**N casa de Patricio se trataba, á la misma hora, de los propios asuntos que en la de Carpio; sólo que en el método se procedía á la inversa; es decir, se empezaba por lo del club, porque, en opinión del hijo de Rigüelta, este capítulo revestía mayor interés que el del viaje á la ciudad.

Gildo, machacado, triste y rencoroso, contó á su padre cuanto había pasado la noche antes, fijando mucho su atención en que las agresiones y el cisma hubiesen partido de dos personas como Toñazos y Chisquín, ambas procedentes de la cocina de *la otra casa*; jefes, una vez sacados de ella por la conspiración, de todos los reclutados en el mismo campo, y los más fervorosos partidarios de la flamante situación, aun mucho después de proclamada

la farándula en Coteruco. Este síntoma, con otros que el mozuelo venía notando desde algún tiempo, como el desprestigio de su padre y de don Gonzalo, le demostraban que la indisciplina más anárquica iba asomando la oreja allí, y que el hato de borregos, tan dócilmente conducidos hasta entonces, se transformaba en tropel de bestias bravías, muy dispuestas á devorar á sus pastores. Por último, la actitud de don Lope en los sucesos de la víspera, cuyos detalles tremendos enumeró Gildo, acabaron de dar al cuadro, por él descrito y juzgado, un tinte lúgubre y fatídico.

Patricio lo escuchó todo rascándose la cabeza y frunciendo los ojelos, señales inequívocas de que le amargaba lo que oía.

—Y ¿qué piensas tú del golpe de ayer?— preguntó Patricio á Gildo, tras unos instantes de silencio.

—Pienso, padre, que se obró de ligero al darle; pienso que los antojos de un hombre de tan poco valer como el alcalde, no son quién para que por ellos se comprometa... lo que usted ha comprometido... Y bien dicho lo dije el sábado por la noche.

—Adelante, Gildo, con la cuenta.

—Pienso, padre, que sin tantas bullas y jorgorios, desde que somos los amos aquí, se hubiera ido más lejos de lo que hemos ido, con

pie más firme y sin protesta de nadie... Esto pienso, y lo que ya le he dicho endenantes.

—Pues no piensas, hijo, como debes, en lo más de lo que has pensado. Y ahora sábetelo que el mal no está en la prisión de ese hombre al tunturuntún, sino en que en la ciudad haya más juicio y más nobleza de lo que yo creía.

—No veo, padre, que tenga que ver lo uno con lo otro.

—Ahora lo verás, Gildo. No te negaré que el golpe de ayer fuera clavo á que se agarrara esta gente para sacar á flote la cabeza por la noche; pero si la prisión hecha aquí se hubiera sostenido allá; si yo hubiera vuelto á Coteruco pudiendo decir: «asegurado queda ese hombre por sécula sinfinito, y porque *nos* ha dado la real gana,» que sería tanto como amenazar al más guapo con ponerle á la sombra, si se deslizaba en tanto así contra nosotros, hubieras visto, Gildo, á los valientes de anoche venir á echarme memoriales para que tú los perdonaras, y á ponerme á mí más alto que la cruz del campanario. ¡Bastante me importarían entonces los escándalos de esos borrachos, ni los humos de don Lope! ¡El Hidalgo!... ¡No hubiera él vuelto á poner los pies en Coteruco, sin que yo le trincara codo con codo y le sacara de aquí por donde ayer salió el otro!... Pero con las gentes que imperan allá, con sus miramien-



tos y blanduras de señorío... ¡Vaya usted á hacer revoluciones como Dios manda!

—¿A lo que oigo, padre, la cosa no salió en la ciudad tan bien como aquí?

—Te digo, hijo, que en un tris estuvo que el preso no me llevara á mí á la cárcel, con mis voluntarios y todo.

—Eso será, padre, un decir de usted.

—Escucha el cuento, y verás si me chanceo. Has de saber, hijo, que yo entré en aquel palacio como Pedro por su casa... ¡Como que llevaba conmigo pájaro de mucha cuenta, y esperaba que se me agradecería el obsequio! Estaba la autoridad bien acompañada de personas de viso y mangoneo, según lo suelto que hablaban y lo que cernían la levita por allí. Dije á lo que iba y presenté lo que llevaba; sonó el nombre del preso, y, en mi sentir, sonó muy recio, porque todos callaron para mirarle, y hasta la misma autoridad se quedó sustifacto.

—Y ¿qué dijo el preso?

—Ni palabra, hasta que muy fina se la dirigió la autoridad. Tocóle hablar entonces... y ríome yo, Gildo, de parlanchines como Lucas: en los jamases oí más sustancia en menos conversación, ni mayores razones con más sosiego. La verdad hay que decirla: hombre es que nació para hacerse puesto y lugar delante del más majo, y ver la luz entre lo más oscu-

ro. Punto por tilde estipuló el supuesto de la entraña de la prisión, como si nos hubiera escuchado cuando se trató del caso. Los presentes le oyeron, y hablaron entre sí algunos de ellos; y sonáronme á «ligerezas lamentables,» «venganzas ruines,» «miseriucas de aldea» y á otras tales, palabras que apañé entre las que salían en la conversación... ¡como si el hombre ese no fuera capaz de ser tan malo como el peor!... y la cosa no me hizo reír.

—Y ¿qué decía la autoridad?

—La autoridad, hijo, fuérase por lo que se fuera, no daba al auto muchas lumbres... Miraba á éste y respondía al otro; y aunque cortés con el preso, atornábalos á todos enseñando el documento que yo le dí, como diciendo: «verdá será, pero papeles cantan.»

—Su deber era ese, padre.

—Pero con más dureza, hijo; y sin tantos ites y manejes, visto el papel de nusotros, debió mandar al hombre á lugar seguro... porque esa es la ley en tiempo de rigüeltas; y si no, no hacerlas, que es lo que yo digo. Pues verás. Estando así las cosas, dieron en entrar señores... ¡yo no sé quién los avisó, ó cómo lo golieron! y abrazo va, y saludo viene al preso, y el que menos de ellos ofreciéndose con hacienda y vida á responder del hombre y de su respeto á la ley imperante.

—Serían *nos*, padre.

—Ensalzaos eran, Gildo, á lo que ver pude.

—¿Y la autoridad?...

—La autoridad, reblandeciéndose á cada paso; pero siempre, eso sí, resolviendo con el papel que tenía en la mano. Á mi modo de pensar, Gildo, la cosa hubiera quedado en «veremos,» que siempre era sacar algo, aunque no mucho, sin lo que aconteció después; y lo acontecido fué que se abrió la puerta de repente y se nos plantificó en mitad de la sala... ¡el Hidalgo de la Casona!... El mismo, hijo, y con el barro hasta el cocote, por más señas.

—¡Tendría que ver, padre!

—Espanto daba, hijo: osos he visto yo en el monte, de mirar más blando. Tan áína como supo quién era el que mandaba allí, fué á él y puso en sus manos un oficio... Sospeché en el caso la pura verdá, y dime por muerto.

—Y ¿qué hizo el preso cuando vió á don Lope?

—Rematar la obra, como si el diablo le aconsejara; olvidarse de todo, y preguntarle por su hija. Contó el Hidalgo ce por be lo que tú y Lucas hicísteis con ella, y cómo él la había recogido, y en qué lugar; y allí verías, Gildo, á aquel hombre, tan valeroso hasta entonces, llorar como una criatura, para perdición nuestra.

—¿Perdición nuestra, padre?

—Sí, hijo; porque los que ya, al leer el oficio de don Lope, me miraron de muy mal ojo, cuando oyeron lo hecho con la Organista y vieron el dolor del padre, entendí que me zampaban... Y anda con que «el caso era infame,» y dale con que «había que poner coto á esas tropelías, para honra de la revolución...» ¡horror de cosas, Gildo! Acerqueme á la autoridad á decirla, con respeto, que bien podía haber sido el oficio traído por el Hidalgo arrancado á la cobardía del alcalde; y allí fué el temor de que se me mandara arcabucear, según se puso la señoría... Pamemas, Gildo, que como se oyó al preso y se le creyó por su palabra respetive al atropello, bien pudieron creermé á mí y dejar la cosa tan siquiera en el aire hasta saber lo cierto. Pero había ganas de amparar al hombre contra nusotros los liberales, y ahí está la jaba.

—Y ¿qué sucedió después?

—Sucedió, hijo, que al ver el sesgo de las cosas, quise tomar soleta, y que por entonces no lo consintió la autoridad. Puso un oficio para este alcalde, que echaba lumbres, por su mal gobierno y proceder, y me le entregó con estas palabras: «Que se me acuse recibo de esta comunicación, y lárguese usted de ahí inmediatamente.» Salí echando chispas, y muy

contento porque no me mandaban á la horca. Llegué aquí, entregué el oficio á ese... Bragas, y pensé que se acongojaba de angustias al leerle.

—¿Y don Román?

—Allá quedaron todos como la uña y la carne... ¡Pantomina, Gildo, pantomina! Ensalzaos de pega... Total igual de estas andróminas: que con tanto batallón y tanto mangoneo, estamos aquí en el aire, y que tenemos que agarrarnos más en firme.

—¡Bueno está el pueblo para eso, padre!

—No te quejes del pueblo, Gildo, que no se ha portado mal hasta la presente. Mírate lo que eres, mira lo que fuiste, y dí si en menos tiempo ha podido darnos más.

—No hable de eso, padre, que nadie nos puede ver.

—Después de haberte comido la carne, ¿qué se te da á tí por los huesos que arrojastes al corral?

—Mala cuenta es esa; que mucho vale la estimación de las personas.

—Eso va en gustos, Gildo; y escucha lo que te quiero decir. En lo tocante á bienes, quedarnos en el pueblo muy poco que apandar: á subio está en mi casa lo que no he podido evitar que se recoja en la del alcalde, fuera de lo mucho que pertenece á don Román. Quiere decir-

se que, en caudales, estamos al cabo de lo que te prometí en su día, y aun antes con antes de lo que era de esperar. Hoy por hoy, Gildo, ni el sable ni el clus me valen ya de gran cosa de por sí mismos, y necesito darme otras importancias más imponentes, sin desatender por eso el intento de ir redondeando la hacienda poco á poco.

—No le entiendo, padre.

—Voy allá, hijo. Ya sabes que muy pronto va á haber eliciones para las Cortes del Congreso.

—Lo sé.

—Pues sábetelo además que voy á tomar parte en ellas.

—¿Por quién?

—Por mí mesmo.

—¿Por usted, padre!

—Por mí, hijo.

—¿Está usted en sus cabales! ¿Quién le conoce á usted! ¿Quién ha de ayudarle! ¿Qué pito iba usted á tocar allá!

—Estoy en mis aplomos; me conocen en el pueblo; me ayudarán los que deben hacerlo, y no sé qué pito me correspondería en el Congreso, porque no he pensado entrar en él por hoy.

—Entonces, ¿por qué se cansa en buscar quien le vote?

—Por dos motivos. Sé que al alcalde se le

ha recomendado ya por el Gobierno la persona que conviene sacar adelante, y sé que don Gonzalo ha de echar los bofes al auto, porque cree que en la ganancia le va una cruz ó da qué gracia... Pues enfrente de esa persona me pongo yo con las gentes que aquí me están obligadas, por deudas y otros compromisos serios; se armará la gresca consiguiente, y al fin de la batalla oservará el más ciego que, hoy por hoy, nadie manda más fuerza que tu padre en Coteruco. Éste es el primer motivo.

—¿Y si el alcalde puede más?

—¡Bah!... en buena ó en mala ley, yo te juro que ha de valer la mía... y vamos al segundo motivo. Bien sé, Gildo, que no he de tener más allá de un centenar de votos en este pueblo, y algo que pellizque en los cercanos; pero esto no me puede quitar á mí la sastifación y la gloria de haber andado en candidatura.

—¡Vaya una gloria!...

—Más de lo que se te figura, Gildo. Hoy por hoy, soy Patricio Rigüelta, el arbitrista que se mete á personaje y lleva un revolcón... Suponte, hijo, que se ríen de mí por el atrevimiento y el descalabro, que es cuanto puede suceder... Pues pasa un año, ú pasan dos, y ya nadie se acuerda de los cien votos que tuve; y al decir yo «anduve en candidatura,» los que me oyen, ó lo saben, me suman con los

que fracasaron conmigo con muchos votos, sin tener en cuenta los pocos míos; y ya no soy el rematante de Coteruco, que hizo la triste figura en la elección, sino un hombre pudiente que anduvo en candidatura y estuvo á pique de ser diputado... Y con ese antecedente, Gildo, la persona se encumbra mucho en el respeto de las gentes... y al fin y al cabo, se sale con la suya y llega á las Cortes... ó á punto que le convenga más...

—¿Y con toda resolución ha pensado usted en ello, padre?

—La tenía hecha, hijo; pero desde lo de ayer, las horas que pasan sin echar la sofama á la calle, parécenme siglos.

—¿Sofama va á dar también?

—Discurriéndola vine por el camino, y en el magín la tengo ya, de rechupete... Y no se hable más del caso; pero desde mañana empezaremos á trabajar sobre él, sin perder hora ni perdonar medio.

—Bien está; pero de lo de anoche ¿en qué quedamos?

—¿De los moquetes que te alumbraron?

—Paéceme á mí que la cosa bien merece...

—¿Quién se para en eso, hijo!... Además de que contra fuerza mayor, nada se puede... Guarda la ofensa, eso sí, pero con disimulo; y en primera ocasión, cóbrate en buena moneda.

—Pero la sangre jierve, y no da aguante.

—Más nos han aguantado ellos, hijo: consíderalo.

En esto, resonaron dos golpes á la puerta; salió á abrir Gildo y entró el alguacil con recado para Patricio de que fuera éste á verse inmediatamente con el alcalde.

Al salir de casa el pardillo, momentos después, vió pasar por delante de la puerta un bulto colosal que iba hacia la Casona. Era don Lope que volvía, con la cachava al hombro. Patricio no salió á la calle hasta que el bulto se perdió en la obscuridad y sus pasos cesaron de oirse. Tal miedo le infundía don Lope.

—Esto me prueba—murmuró el intrigante, —que el pájaro ha vuelto al nido... Por mucho que Gildo diga, esta vuelta tiene más que roer que los moquetes de anoche.



## XXVIII

## NUBES SINIESTRAS

**L**UCAS se hallaba al lado de Osmunda cuando entró don Lope en la Casona. Le llamó el Hidalgo á su cuarto y le dijo:

—Mañana, en cuanto amanezca, saldrás del pueblo para no volver á él mientras yo viva.

Quedóse absorto el cojo, y no supo qué responder.

—¿Me has entendido?—añadió don Lope, mirándole con fiereza.

—Perfectamente—respondió Lucas.—Pero ¿adónde voy? ¿Cómo viviré?

El Hidalgo arrojó sobre la mesa un pliego cerrado.

—Con ese mendrugo,—dijo al mismo tiempo.

Lucas se abalanzó al papel y le abrió con ansiedad. Era una credencial de un destinillo subalterno, que se le daba en la ciudad. Poco valía; pero al fin era algo que, en su concepto,